

LA SOSPECHA DEL FUEGO

(...) Convertido el dibujo en trazo de una sutil huella que se sabe próxima a la destrucción, esas obras recogen el instante previo de una hipotética desaparición. Todo en las mismas rezuma, pues, provisionalidad e impermanencia pero, junto a este eco – y obsérvese cómo esto se produce de una manera contradictoria en relación con lo apuntado –, surge en ellas un paradójico sentido de congelada perdurabilidad, un curioso sentido que se deriva del carácter *fotográfico* que estas imágenes adquieren. El uso, en este sentido, de unos constantes fondos blancos sobre los que se recorta el negro y flamígero silueteado de algunos instrumentos musicales o de ciertos cuerpos configura la imagen helada de un volumen ausente y, por ello mismo, presente.

Es por dicho motivo por lo que, aun sabiendo que no nos hayamos ante objeto *real* alguno, seamos conscientes de que los perfiles utilizados en las piezas actúan como el solapado negativo de unos inaprehensibles referentes, unos referentes, por otra parte, que conocemos que han estado *allí* aunque este hecho se haya producido tan sólo durante un determinado y preciso momento. Una tensión energética semejante a la que concita el acto fotográfico (la ardiente y punzante presencia de lo ya por siempre detenido y congelado) se desenvuelve, pues, en el interior de un universo que, a pesar de todo, continúa explorando el vacío constitutivo de todos los objetos.

El hueco y la ausencia devienen, como consecuencia de ello, centro de una saturada ocupación, una ocupación que se vertebra como discurso mandálico en torno a la inconsistencia de una *visión*. Sueño, pesadilla y aparición configuran, desde esta perspectiva, el fantasmal relato de una intermitente y pasajera iluminación. La finalidad que, sin embargo, se desea conseguir con la misma nos aleja, tal y como es habitual en nuestra artista, de cualquier veleidad metafísica. El universo de espectros suscitado, por consiguiente, siempre toma un sentido impuro. De ahí que en la muestra actual la naturaleza adquiera la consistencia de una incontaminada niebla, una niebla a través de la cual se exhala el anhelo de vacuidad que subyace en todas nuestras empresas y desvelos.

La pintura actúa como instrumento de reflexión y, por lo tanto, como vía de conocimiento y análisis de una *realidad oculta* cuyo

desenmascaramiento no puede ser llevado a cabo de manera racional. Este hecho provoca, por ello, que cualquiera de los intentos emprendidos en tal sentido tenga que apoyarse en un lenguaje de resonancias simbólicas. Como se puede sospechar, constatar la fuerza de este lenguaje es algo a lo que de una manera permanente nos invita Pamen Pereira. A su vez, intuir que, pese a todo, el lenguaje simbólico no puede aproximarnos más que de una manera parcial a este tipo de *realidad* es un aspecto al que también nos impele nuestra artista. Su tarea deviene, en cierto sentido, ingrata. Nuestra mirada, por el contrario, no lo es. En la tensión generada a través de este conflicto es donde, precisamente, se puede escuchar la *música del vacío*.

David Pérez